

Pepito y la casa embrujada

José Ignacio Valenzuela

Ilustraciones de Luis San Vicente



$3 \times 2 = 6$
 $3 \times 3 = 9$
 $3 \times 4 = 12$

W. H. W. & Co. S.A.
Papel de un color
que no se puede
ver en ningún lugar
de la casa. ¿Por qué?
¿Por qué?
¿Por qué?

1922



loqueleo®

PEPITO Y LA CASA EMBRUJADA

D. R. © del texto: José Ignacio Valenzuela, 2020

D. R. © de las ilustraciones: Luis San Vicente 2020

D. R. © Editorial Santillana, S. A. de C. V., 2021

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-607-01-4621-3

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx

 **SANTILLANA**®



Pepito y la casa embrujada


José Ignacio Valenzuela

Ilustraciones de Luis San Vicente

loqueleg®

*Para mi prima Valentina,
porque ha sido siempre la mejor
y más fiel amiga de Pepito.*





Personajes que intervienen en esta historia y que debes conocer

Pepito: Niño que sueña con ser el mejor detective del mundo. Tiene una lupa con la que busca huellas digitales. Cree que vive en la calle más aburrida del mundo.

Luna: Prima de Pepito. Le gusta usar su tutú de bailarina, contar chistes, espiar a los vecinos y repetir de memoria las tablas de multiplicar.

Gumersindo Mardones: Jefe de los albañiles que construyen el edificio. Tiene el cuerpo redondo, una voz poderosa, y usa un bigote que le cubre la boca.

Agustina Clavicordio: Cuidadora de la casa embrujada. Es delgada como un poste de luz y siempre pierde el equilibrio con mucha facilidad.

Ulises Montecalvario: Dueño de la casa que Luna dice que está embrujada. Luego de separarse de su esposa, terminó internado en un hospital.

Paloma Covadonga: Esposa de Ulises Montecalvario. Elegante señora que usa zapatos con tacones muy altos y un sombrero con una hermosa pluma roja.

Atenea: Mamá de Luna y tía de Pepito. Señora que tiene voz de cantante de ópera y que cocina las mejores fajitas de pollo del mundo.

Guille: Hermano de Pepito. De grande quiere ser alguien muy importante, como Presidente de la República, bombero o domador de leones.

Papá: Padre de Pepito. Es un señor muy serio que se dedica a construir casas, puentes, edificios y columpios.

Mamá: Madre de Pepito. Trabaja en la biblioteca de una escuela y sus manos huelen a libros. Desde pequeña usa enormes anteojos con mucho aumento.

Lulú: La blanca perra *poodle* de Pepito, a la que él llama “su asistente”. Tiene mal genio y le gusta hacer travesuras cuando le da hambre.





Quién es Pepito y a qué le tiene miedo

En nuestra calle vive un niño muy especial llamado Pepito. ¿Que cómo lo sé? Bueno, la respuesta es muy simple: porque todos en el barrio llamamos a su casa “la casa de Pepito”. Y desde ahí lo vemos salir cada día para ir a la escuela o para jugar un rato en el jardín junto a su perra Lulú o para seguir a las hormigas que caminan en línea recta y así descubrir dónde está su hormiguero.

¿Que por qué Pepito es un niño muy especial? Bueno, porque a él le gusta imaginar que es un detective famoso que resuelve casos secretos que nadie nunca ha podido solucionar. Y a eso sólo juegan los niños especiales con una gran imaginación. Pepito tiene una imaginación desbordada, como siempre comenta su maestra.

A veces Pepito se pone un poco triste, porque recuerda que sólo ha solucionado un caso: la desaparición del valioso collar de doña Isolina, su vecina. Sin embargo, él no pierde la esperanza de volver a encontrarse cara a cara con otro enigma y así poder usar su cerebro y su lupa de detective para investigar.

Por eso, todos los días Pepito se sienta frente a su casa con su perra Lulú, una *poodle* blanca parecida a una cucharada de merengue, con la esperanza de que algún nuevo crimen, robo o misteriosa ausencia requiera de sus servicios. De ese modo, él podría hacerse cargo de resolver el incidente y así descubrir al asesino o al ladrón, o de adivinar dónde se esconde la persona extraviada.

Pepito tiene un terrible problema: la calle donde todos vivimos debe ser la calle más aburrida del mundo, porque aquí nunca pasa nada. Nada de nada. Y él se queda esperando durante días a que suceda algo para así poder demostrarles a todos que es un detective muy valiente.

Pepito no le tiene miedo a casi nada: ni a los payasos ni a las abejas ni a los ladrones ni a los relámpagos. Sólo a los fantasmas que se aparecen a medianoche arrastrando cadenas y que abren y cierran puertas para que los niños se despierten y se pongan a llorar.

La culpa de ese miedo la tiene Guille, el hermano mayor de Pepito, quien lo obligó a ver una película de terror en la televisión en donde un espíritu asustaba a una familia entera porque, al parecer, no sabía entretenerse de otra manera.

“¡Albricias!”, gritaba Guille cada vez que le gustaba una escena que le ponía los pelos de punta. Y Pepito, sentado muy serio junto a él en el sofá, no se atrevía a cerrar los ojos para que su hermano no pensara que era un niño cobarde. Pero esa noche no pudo dormir, temblando de miedo bajo las sábanas, y atento a cualquier ruido que pudiera delatar la presencia de un fantasma intruso y maleducado.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, la mamá de Pepito lo sorprendió bostezando con



la boca tan abierta como un león con caries en la silla del dentista. Cuando le preguntó por qué tenía tanto sueño, y Pepito le contó de la película que Guille lo había obligado a ver, la mamá, muy enojada, se acomodó sus enormes anteojos con mucho aumento y sus pupilas se vieron aún más grandes de lo que son.

—¡Guille! —gritó con voz de trueno.

Guille entró a la cocina, caminando a saltitos porque durante la noche le habían crecido los pies antes que las piernas, así como la nariz antes que las orejas y el pelo antes que la cabeza. Es que Guille está en pleno crecimiento, y todos los días amanece con el cuerpo un poco distinto y un par de granos más en la cara.

—Estás castigado por asustar a tu hermano —dijo la mamá y se llevó las manos a la cintura.

—Mecachis —respondió Guille y se fue de regreso a su recámara.

—Y a ti, Pepito, te voy a llevar a casa de tu prima Luna para que pases ahí el fin de semana —exclamó ella mientras guardaba en su bolso un par de libros para llevar de regreso a la biblioteca.

Ir a casa de su prima es la mejor noticia que pueden darle a Pepito. Porque Luna es divertida y se sabe muchos chistes, le gusta subirse al techo para espiar a los vecinos, puede repetir todas las tablas de multiplicar de memoria, tiene un diario con un candado donde anota todo lo que le pasa durante el día y además nunca se quita su tutú de bailarina y eso la hace verse distinta a todas las otras niñas del mundo.

¡Qué bien! Pepito sabe que va a entretenerse mucho con su prima.

Lo que Pepito no sabe es que muy pronto va a descubrir un nuevo caso para resolver. Uno muy misterioso y difícil, que involucra una casa embrujada, un fantasma revoltoso y un secreto que nadie podría haber imaginado.

¿Están listos para descubrirlo ustedes también?

—¿Acaso nunca escuchó los gritos del supuesto fantasma o el sonido de las cadenas en la escalera? —la interroga Luna, que sigue con los ojos muy abiertos de la emoción.

—Claro que no. Vengo casi a diario a revisar el correo, a regar las plantas, a limpiar las ventanas y a asegurarme de que todo esté en orden, y jamás oí algo parecido a un grito del más allá o una cadena en una escalera... ¡Es más, ni siquiera sé cómo suena una cadena en una escalera! —exclama la mujer que aún sostiene entre sus manos un cerro de papeles, su bolso, un enorme manojó de llaves y una botellita de agua, y trata de mantener el equilibrio de sus delgadas y temblorosas piernas.

—Como si un fantasma cargara en sus manos una gruesa cadena que va chocando con cada paso contra los peldaños de madera. ¡Así mismo! —replica la niña y hace la mímica de arrastrar algo muy pesado entre sus manos.

—Lo siento —sentencia Agustina—, pero nunca escuché algo así.

